

que, *después de todo*, era gracioso; tal, que se pintaba las patillas y gastaba peluca; cuál, que no era verdad; aquí, que sus chistes eran ingeniosísimos; allá, que chocarreros; aquende, que su carácter era vulgar; allende, que, *después de tratado*, era simpático y hasta *distinguido*... Pero todas, chicas y grandes, altas y bajas, morenas y rubias, aristocracia y plebe, al pasar á su lado se ponían tiernas y trataban de llevarse sus miradas por conquista, pues convenían, *nemine discrepante*, en que era soltero é *inmensamente rico*.

Vivía en la mejor fonda y ocupaba la mitad de un piso de ella. Á los quince días de llegar á la ciudad, todo el mundo le conocía y él conocía á todo el mundo. Jamás paseaba ni asistía al café ni al teatro, sino entre los jóvenes más en boga y más revoltosos.

Tenía lujosa carretela para las grandes ocasiones; para lo ordinario, *volanta* habanera, esa especie de cascarón entre dos inmensas ruedas, en la cual entraba, así como en la guarnición del caballo, la plata maciza por arrobas; y un brioso trotón con montura mejicana, cuajada también de ricos metales, no siendo menos rico ni apropiado el traje con que cabalgaba sobre aquel aparejo. Generalmente este último era su placer favorito. Á caballo, y aunque rodeado de jinetes de la población vestidos á la euro-

pea, él nunca abandonaba su pintoresco vestido mejicano. Por lo común aprovechaba su tránsito por delante del paseo más concurrido para lucir sus habilidades á la usanza de los *gauchos* de las Pampas, tales como rayar el suelo con un dedo ó recoger su sombrero *jarano*, previamente arrojado, á todo correr de su caballo.

Excusado es decir que con estas exhibiciones acrobáticas hasta los chicos de la calle se chupaban los dedos al verle; y es seguro que más de una vez le hubieran largado tal cual tronchazo, á no tomarle por cosa medio sagrada, según le veían garantido y obsequiado por todo lo más pudiente de la ciudad.

Cuando iba á pie se distinguía por la extensión y la riqueza de sus pecheras; y como era en verano, ora vistiera de dril, ora de lana, todo su traje parecía no pesar medio cuarterón: tan fino, vaporoso y reluciente era. En tales casos llevaba en la cabeza rico jipijapa, al cuello leve corbata de batista con grueso solitario, y en los pies zapatos de charol sobre media de seda. Por supuesto que sus cadenas y relojes y sus anillos entraban por docenas, y había formas y tipos para cada día y para cada gusto.

Cuando vestía de serio, su traje no era menos rico ni mucho más pesado; pero siempre era la pechera el principal objeto de sus cuidados y el

punto en que se fijaba la curiosidad de los transeuntes: era, como si dijéramos, su plaza pública adoquinada con diamantes.

No se sabía á punto fijo dónde había nacido, pues solía decir en chanza, cuando se le preguntaba eso, que para hombres como él todo el mundo era patria. Algunas veces dijo, poniéndose muy serio, y hasta triste, que procedía de una de las aldeas de aquella provincia, y de una familia pobre hasta la miseria; pero que no quedando ya ningún individuo de ella sobre la tierra, quería olvidar hasta el nombre de su pueblo por tener una pesadumbre menos.

Entre tanto, he aquí su retrato fidelísimo: su estatura no llegaba á mediana; su cabeza era gruesa y su cara ancha, la cual aparecía como embutida en espesa patilla corrida á la catalana, con tornasoles entre verde y chocolate, señal del tinte que la cubría con la pretensión de hacerla pasar por negra. Sus ojos eran pequeños y garzos, la nariz roma, los labios gruesos, la boca muy rasgada, los dientes pocos, pero grandes; el cutis áspero y no libre de toda marca, el color moreno oscuro, las piernas gruesas y estevadas, y las manos anchas y velludas. Sin embargo, no puede decirse que por su fisonomía era antipático: había en ella, por el contrario, cierta expresión de viveza y jovialidad que atraía. Su voz era de gran cuerpo; reía

siempre á carcajadas y hablaba muy recio, aunque con las cadencias propias del estilo americano. Era, en suma, en todo y por todo, un hombre verdaderamente *estrepitoso*, y además se llamaba don Romualdo. En cuanto á la edad, me consta que se acercaba más á los sesenta que al medio siglo.

No tenía nada que hacer, le sobraba el dinero, había prometido á sus amigos casarse en la ciudad en todo aquel año, y todo esto lo sabían allí hasta los perros de la calle.

Figúrese ahora la sensación que estaría causando su presencia en medio de una sociedad cuyos miembros más legítimos eran las mujeres como la perínclita doña Sabina.

Por de pronto se abonó el teatro hasta los toques, aunque representaba en él una perversa compañía; el mismo teatro que jamás se vió lleno, ni por mostrar en su escenario las más ilustres celebridades del arte; pobláronse los paseos públicos aun en los días en que no era *de moda* asistir á ellos, y hasta hubo amagos de declarar también de moda la misa de cierta hora en determinada iglesia; pero se supo luego que don Romualdo no asistía á ella... ni á otra tampoco, y en este particular siguieron las cosas como estaban.

VIII.

En esta ocasión fué cuando se le dijo á doña Sabina, que estaba, *de oídas*, al tanto de los acontecimientos, «haz economías,» ó lo que es igual, «no más teatro diario, no más competencias de lujo en los paseos.» Esto no podía ser en tales circunstancias. Era preciso hacer un esfuerzo. Cuando menos, una escapadita al teatro, de vez en cuando, y tal cual exhibición en el paseo, aunque fuera con los trajes del ropero. Porque la amorosa madre tenía en su poder el cebo más estimulante que podía apetecer á aquel Pluto trasatlántico, dado que Enriqueta era la belleza más atractiva del pueblo, y con tales ventajas no era cosa de resignarse al papel de espectadora en aquella lucha encarnizada que se había empeñado entre el ejército femenino de la buena sociedad para conquistar las atenciones del recién venido.

De la cual lucha había resultado (y esto lo ignoraba doña Sabina) que el ostentoso Nabab había ido familiarizándose con la contemplación de tantas y tan pertinaces bellezas, hasta el punto de que ya *no le movían*, como declaró una noche á sus oyentes en su platea del teatro, después de haberle recorrido todo con

sus gemelos... y su pechera centelleante, recibiendo expresivas correspondencias visuales de todos los puntos de la sala.

Entonces se abrió la puerta de un palco, antes vacío, y aparecieron en él doña Sabina y Enriqueta.

—Ajá, camará, ¡qué vitola!—exclamó al ver á la garrida moza el indiano, empuñando los gemelos, revolviéndose en la silla como un azogado, y mostrando dos hectáreas de pechera y una cantera de pedrería fina.

Enriqueta, entre tanto, después de lucir el talle al descubierto, so pretexto de colocar más á su gusto la silla, ó de colgar el abrigo, ó de responder á una supuesta pregunta de su madre, tomó asiento dando la espalda al escenario; y sin cuidarse de lo que en él sucedía, paseó, al amparo de sus anteojos, su vista escudriñadora en derredor de la sala. En este viaje rápido tropezó con los gemelos del indiano, y al verlos fijos en ella, detúvose un instante á examinar al curioso cuya estampá debió chocarla, según el gesto que hizo; gesto muy parecido al que hace todo nieta de Adán al tropezar con un bicho raro.

—¡Ajá, te clavaste, guachinanguita!—dijo don Romualdo al encontrarse con la mirada de Enriqueta.

Pero ésta, lejos de haberse clavado, como el

pintoresco Tenorio creía, preguntó á su madre sin dejar de mirarle:

—¿Qué es *aquello*, mamá?

Y doña Sabina que, aunque por sus sabidos contratiempos, no había pisado la calle tiempo hacía, no dejaba de conocer por la fama al personaje de moda la respondió después de seguir la dirección de su mirada:

—Cuidado hija mía, que creo que es *él*.

—¿Y quién es él?

—El famoso acaudalado de quien habla todo el mundo... Y por cierto que no separa los ojos de tí.

La tal noticia causó en Enriqueta el efecto de la picadura de un alacrán. Soltó los gemelos al instante, y volvió las espaldas al personaje. Desde entonces no hubo ya pisotón, ni carraspera, ni mirada elocuente, ni advertencia clara y terminante de su madre, que bastara á convencer á la testaruda chica de que debía corresponder á las insinuantes actitudes del indiano. Tanto la habían hablado de él; tanto de la revolución que el afán de su conquista había producido en el pueblo, que aun sin llegar á conocerle le había cobrado aversión. Doña Sabina, en cambio, queriendo sin duda enmendar los desdenes de su hija, no hallaba en su cara ojos bastante expresivos para mirar á don Romualdo.

—Dígame, camará—preguntó éste al más inmediato de sus compañeros de platea, chocándole, á media función, la esquizvez de Enriqueta,—¿tendrá amores con alguien?

—¿Por qué es la pregunta, don Romualdo?

—Porque no *acude*.

—Esos son dengues de niña mimosa.

—Pues mire, yo me perezco por las dengosas.

Y continuó asestando sus gemelos á la ingrata, sin que ésta se diera por más entendida de sus miradas, que de su pechera deslumbrante, de su cadena ostentosa ó de sus anillos colosales.

Pero se enteró de la lucha todo el teatro, y llovieron las miradas sobre la desdeñosa, que pasó las penas del purgatorio hasta que cayó el telón por última vez.

Al salir á la calle con su madre, ya estaba esperándola don Romualdo; y allí, con los ojos en blanco, la soltó un par de *finezas* al oído, con tan poco éxito, que huyendo de ellas no paró la ruborosa joven hasta la acera de enfrente. En cambio doña Sabina contestó al indiano con una mirada que era todo un poema de esperanzas.

Aquella noche no durmió el refulgente personaje. La esquizvez de Enriqueta (que él tomaba modestamente por ruborosa timidez); la

comparación que hacía de su resistencia con las facilidades con que tantas otras mujeres le estaban brindando á todas horas, y la peregrina belleza de la joven, le tenían en constante tortura; y como resueltamente se decidía por ella, pensando en el modo de conquistarla le cogió el sol del día siguiente.

Por la tarde se vistió «de fresco,» como él decía: eligió la pechera más tenue y á la vez más pintoresca de cuantas tenía; y así engalanado y tendido en su *quitrín* dirigido por calesero negro, paseó catorce veces la calle de la ingrata. Pero ésta no se dejó ver detrás de las vidrieras, aunque no se apartó de ellas un instante la cara de doña Sabina.

Al otro día salió con el mismo rumbo, pero en carretela descubierta y vestido de serio; y en vano los herrados cascos de los dos fogosos brutos que le arrastraban hacían temblar los cristales de la vecindad. Doña Sabina salió al balcón y hasta pagó con afable saludo la media reverencia que él la hizo; pero Enriqueta no se dejó ver.

Su tercera *manifestación* fué cabalgando á la mejicana. Diez veces rayó con el índice de su diestra los adoquines, y más de otras tantas recogió del suelo su *jarano*; los chicos le seguían en bandadas; la gente se paraba á contemplarle... y nada: las vidrieras de su ingrata cerra-

das como siempre, y detrás de las vidrieras la sempiterna cara de doña Sabina. ¡Ni la sombra siquiera de su hija! Entonces, en un arrebato de despecho, arrojó á la canalla hasta tres puñados de monedas, y entre aplausos, silbidos y jujeos, echó por una boca-calle y se perdió de vista.

Después de cada una de estas exhibiciones grotescas, doña Sabina corría al lado de Enriqueta y la decía algo por este estilo:

—Pero, hija, ¿es posible que seas tan obcecada que no quieras manifestar la menor señal de que, cuando menos, agradeces las atenciones que te dedica ese hombre?

—Nunca entró en mis calculos—respondía la interpelada,—echarme por caballero un payaso.

—¡No exageres!... Ese hombre tiene gusto en vestirse al estilo del país en que ha vivido, y hace bien, porque es un traje precioso.

—Cuestión de gustos, mamá. Por eso respeto el de las que con tanto empeño, según se dice, se dedican á su conquista; pero no las imito.

—No tengo yo noticia de que ese señor haya hecho por nadie lo que está haciendo por tí.

—Razón de más para que yo no se lo agradezca.

—Es un gran sujeto.

—Pero á mí me parece un mamarracho.

—Es riquísimo.

—Buen provecho le haga.

—Es una gran proporción.

—Para quien la desee.

—¡Será preferible un tierno doncel que te alimente con arrullos ó te vista con trovás!...

—Entre esas ilusiones romancescas y ciertas realidades como las que usted me recomienda, hay ancho espacio que recorrer... si llegara el caso, que, después de todo, aquí no ha llegado todavía.

—Pues es preciso que llegue y que, por de pronto, vayas sacando de tu cabeza esas quimeras que al fin han de perderte y de perdernos á todos.

—¡Á todos!... ¿Por qué?

—Porque... yo me entiendo. Mira, Enriqueta, soy tu madre y por ello no he de pedir para tí cosa que no te convenga. Yo te aconsejo, yo te suplico, ¿quieres más? no que aceptes desde luego las rendidas diligencias de ese potentado; pero que no le desanimes con tu obstinada esquivez. Tolérale y estúdiale, pues los hombres no son de cerca lo que de lejos parecen; y en todo caso, cuando le desdeñes, que sea porque lo merezca, no por una prevención caprichosa.

Como Enriqueta conocía bien las características tendencias de su madre, en nada le cho-

caban sus consejos ni sus «súplicas.» ¡Cuán lejos estaba de sospechar que, por aquella vez, al pedir doña Sabina un yerno rico, le pedía con muchísima necesidad!

IX.

Triste silencio reinaba en el escritorio de don Serapio dos días después de la última corrida *celebrada* en la misma calle por el estrepitoso don Romualdo, silencio apenas interrumpido por el charrasqueo de las plumas de los dos dependientes. El viejo tenedor de libros había sido llamado por don Serapio al departamento presidencial de éste, en el cual se llevaban ya más de hora y media á puertas cerradas. Los de afuera tenían orden de despedir á los corredores que llegasen, con la frase sacramental de «no ocurre nada,» que quita, en los usos del comercio, todo pretexto á réplicas y observaciones impertinentes.

Hallábanse amo y dependiente, sentado el primero en su vetusto sillón, y de pie, junto á él, el segundo; ambos hojeando libracos y papeles amontonados sobre la mesa y el atril; don Serapio con los ojos enrojecidos, descubierta la cabeza y erizado el escaso pelo; el dependiente impávido y sereno, en espera siempre, como si fuera un libro más de la casa, de que se consul-

tase alguna de sus páginas, para ofrecer, con mecánica lealtad, los guarismos estampados en ella.

—De manera—decíale con voz lenta y apagada don Serapio,—que tenemos, en junto, para cubrir las atenciones de este mes...

Y entonces el dependiente, leyendo un papelejo que tenía en la mano, resumen de todo lo consultado hasta aquel instante en libros y correspondencias, continuó, tomando, con la precisión de un músico de concierto, la *entrada* que le daba su principal:

—«En valores á cobrar en la plaza, trescientos mil seiscientos y quince reales.

»Saldos de cuentas corrientes, á negociar, ochenta y tres mil y doscientos.

»Total, trescientos ochenta y tres mil ochocientos quince.»

—Créditos contra nosotros en igual tiempo,—prosiguió don Serapio, después de apuntar con mano trémula aquellas respetables cifras.

—«En todos conceptos»—leyó el dependiente con voz clara é inexorable:—«Un millón seiscientos mil ochocientos setenta y dos reales con catorce maravedís.»

Don Serapio apuntó esta cantidad sobre la otra, y restó.

—¿Déficit?...—dijo angustiado el comerciante, después de ejecutar la operación.

—«Déficit»—leyó en su papel el dependiente,—«un millón doscientos diez y siete mil cincuenta y siete reales con catorce maravedís.»

—Exactamente. Sesenta y un mil pesos, mal contados. ¿Recursos extraordinarios?

—Cero.

—¡Hombre, tanto como eso!...

—Los treinta mil duros en pagarés de la casa Peje y Compañía, de Málaga, que quebró la semana pasada. Ofrecen el uno y medio á sus acreedores; pagarán el pico, librando bien... y saque usted la cuenta.

—Ese golpe nos mata.

—Ese golpe... y otros como él, no diré que no.

—¡De modo que estoy arruinado?

—Por las trazas...

—¡Que tengo que llamar á mis acreedores?

—No habrá más remedio.

—¡Hija de mi vida!—fué la única exclamación que hizo el angustiado padre dejando caer la cabeza entre sus manos y las lágrimas de sus ojos.

Contemplóle el dependiente un breve rato con la mayor impasibilidad, y díjole después, con la seriedad de un recluta delante de su coronel:

—¿Hago falta?

Mas viendo que no obtenía respuesta, echóse

debajo del brazo dos libros de cuentas corrientes; recogió algunos paquetes de cartas, y girando sobre sus tacones, salió del departamento señorial.

Al entrar en el suyo vió que se abría con estrépito la puerta principal y que aparecía en ella un personaje vestido de rigurosa etiqueta, brillando en pecho, puños y pezcuezo, como cielo en noche de verano.

—¿El señor don Serapio Caracas?—preguntó desde la puerta con voz de trueno.

—Aguárdese usted,—respondió el tenedor de libros, que aún no se había sentado, volviendo á anunciar la visita á su principal, en la duda de si también con los de aquel pelaje había de entenderse la consigna dada para los corredores.

Vaciló don Serapio entre hacerse el ausente ó el visible; pero como se le manifestó que la visita no tenía cara de negocios, procuró serenarse y mandó entrar al anunciado.

Momentos después se hallaban los dos frente á frente.

—¿El señor don Serapio Caracas?—volvió á preguntar el visitante.

—Servidor de usted—respondió el visitado.—¿Á quién tengo el honor de?...

—Romualdo Esquilmo, para lo que se ofrezca.

Y haciendo una profunda reverencia, tendió su enguantada mano á don Serapio, quien al oír

aquel nombre tan sonado y respetado en el pueblo un mes hacía, púsose de pie de un brinco, y exclamó con toda la veneración que pudiera un moro delante del famoso zancajo de la Meca:

—¡Muy señor mío y dueño!... Y usted me perdone que no le haya conocido á pesar de su envidiable fama, porque este oscuro rincón es, mucho hace, toda mi sociedad. ¿Y á qué debo la inmerecida honra de su visita?

Mas como notara que el visitante miraba mucho en su derredor, como si temiera ser oído, se apresuró á invitarle á que subiera á la habitación.

Aceptó de buena gana don Romualdo; subieron por la escalera excusada, y se encerraron en el gabinete de don Serapio.

Á vueltas de algunos cumplidos y generalidades, quiso entrár en materia el comerciante con esta popularísima invitación:

—Conque usted dirá, mi señor don Romualdo.

Y éste, sin hacerse rogar más, habló así, dulcificando cuanto pudo la rudeza de su voz con la melosidad del estilo trasatlántico:

—Pues mire, don Serapio, yo soy muy claro, clarito, y no quiero cansar. Con mi trabajo gané en América muchos pesos... Porque yo soy muy rico, ¿entiende? Pero no me tienta la co-

dicia; y cuando me ví con un pasar y todavía con mucha vida por delante, dije: «camará, que arrempuje otro, que yo voy á darme buena vida.» Porque mire, don Serapio, yo soy solito en el mundo, sin padres ni parientes... Es una desgracia, ¿verdad? Con todo y eso, la tierra me tiraba... porque ésta es mi tierra. Cuatro barracones en una manigua; pero al cabo es patria, ¿me entiende? Conque cogí mis intereses en América, como el otro que dice, para buscar acá lo que allí no hay, y dejar lo que uno tiene; y por lo que pueda tronar, vayan dos al Banco de Londres, cinco al de París, cuatro al otro lado y un pico para la jornada, ¿me entiende? Pues así fué, don Serapio. Después de colocar lo gordo á sotavento, diéronme letras sobre esta plaza adonde yo venía del tiro, y hoy la una y mañana la otra, todas van venciendo esta semana. Y mire, don Serapio, ello poco es; pero antes del domingo tendré en mi casa, entre sobras del camino y picos de uno y otro, cerca de cien mil fuertes, ajá.

—Vamos, no es mal pico—observó don Serapio, casi dispuesto á adorar á aquel hombre que llamaba *picos* á una suma de dos millones, cuando él con poco más de la mitad podía volver á ser el *acaudalado* señor de Caracas.—¿Y acaso querrá usted consultarme sobre el destino que ha de dar á ese pico?

—Nadita de eso, don Serapio. Yo traigo ya mi composición hecha, ¿estamos?... Porque yo he sido aquí muy solicitado, ¿entiende? y por lo mismo guardo mucho el cuerpo... Y yo conozco muchísimo de nombre esta casa; y como nada me ha brindado, por lo mismo la prefiero, clarito, ajá.

Comenzaban á zumbarle los oídos á don Serapio, porque tenía barruntos de algún acontecimiento halagüeño, y estaba pendiente de las palabras de aquel hombre-filón, como el reo de las del juez, que puede enviarle lo mismo al palo que al aire de la libertad.

Sin embargo, sólo contestó con exagerado acento de modestia:

—Mil gracias por la preferencia que tanto me enaltece.

—Yo soy así, don Serapio. Por eso vengo hoy y le digo: «aquí están cien mil pesos fuertes: ¿quiere tomarlos de bien á bien como en cuenta corriente?»

—Pero don Romualdo...

—No me ofenda, don Serapio: yo, en una fonda, no los he de tener á mi vera; de negocios no hay que hablarme; ¿quiere que los bote á la calle?

En aquel momento la situación de don Serapio era para volver loco al más cuerdo. Hombre honrado, no podía abusar de la buena fe de

aquella persona tomando su dinero en el instante en que su casa se iba á declarar en quiebra. Sin embargo, la suma pasaba con mucho de lo que él necesitaba para salir de apuros, y hasta para enderezar sus torcidos negocios, siempre que los cien mil del pico entrasen en su poder por cierto tiempo, sobre lo cual aún no se había explicado el indiano, aunque ya revelaba en sus palabras que en aquel capítulo no sería exigente. Podía, pues, recibir el dinero con muchas probabilidades de salir de sus viejas apreturas sin que éstas llegaran á traslucirse. *Pero* de todas maneras, y aun librando bien por el momento, ¿no sería una ignominia para él que, tiempo andando, llegara á saberse que estando en quiebra su casa había admitido tan enorme depósito sin advertir al depositante el riesgo que corría su dinero?

Todas estas consideraciones en tropel cruzaron en un instante por la mente de don Serapio, que llegó á sudar bajo el peso de tan encontradas emociones. No obstante, optó por lo más decente, resolviéndose, ante todo, á desengañar á don Romualdo.

—Señor mío—le dijo:—yo no tengo palabras con qué expresar á usted la gratitud que le debo por la deferencia que me quiere guardar; pero, hombre honrado ante todo, no puedo aceptar ese depósito sin dar á usted ciertas explicaciones.

—Que yo no quiero escuchar, ¿estamos?
—Es que no hemos hablado todavía ni aun de los intereses.

—No los quiero... en moneda sonante.

—Ni del plazo.

—El que usted quiera, si teme que puedo quitarle de un jalón esa miseria.

—Tampoco sabe usted si mi casa...

—¿Si está firme? ¡Bah! Pero pinto que estuviera quilla arriba... Mejor, si con esa ayuda la poníamos á flote. Jajajajaaaá. Si al fin tenemos que entendernos, camará. De modo que sobre este punto estamos á la orillita los dos, y desde esta tarde empiezo á mandar plata. Por lo que falta de apañar, aquí tiene las letras endosadas á usted ya, con un montón de billetes.

Dijo, y sacó de una cartera enorme con vivos de oro y cifras de diamantes, más de un millón de reales en papel que entregó á don Serapio.

Este no sabía si echarse á llorar ó á los pies de aquella providencia tan estrafalaria como espléndida; pero conteniéndose, por no evidenciar demasiado su necesidad, ya que el indiano se empeñaba en no conocerla, aceptó la oferta tan tenaz y, según las señas, deliberadamente hecha, diciendo al indiano en un tono que no carecía de dignidad:

—Yo, señor mío, y por mi desgracia, no tengo el dinero en tanta abundancia como usted;

mis negocios, como todos los de la plaza, son en pequeño, relativamente á los de ustedes en América; por lo cual ni mis colegas ni yo tenemos nunca la caja tan bien provista que podamos disponer de cien mil duros en un momento de sorpresa, pues no llegan á tanto muchos capitales que aquí se llaman grandes cuanto más nuestros sobrantes para imprevistos. En una palabra, yo no puedo admitir esta suma más que en uno de estos tres conceptos: como depósito, en cuyo caso y por razones que son para mí sagradas, aunque usted no quiera oírlas, le daré la llave de una caja de mi escritorio para que usted disponga á su arbitrio del dinero; ó como préstamo, por un plazo convenido; ó en cuenta corriente, á condición de que para disponer de sumas de alguna importancia me avise usted con la anticipación que se estipule. Además, y usted me perdone tantas exigencias, yo, por un sentimiento de delicadeza, necesito consignar en el resguardo que le entregue, que se resiste usted á oír ciertas explicaciones que he querido darle acerca del estado de mi casa, requisito que yo juzgo de utilidad vista la importancia de la suma.

—¿Acabó ya, mi amo?—exclamó don Romualdo después de haber escuchado con la boca abierta á don Serapio.

—Es cuanto me ocurre sobre el asunto, des-

pues de volver á dar á usted un millón de gracias por la confianza con que me honra.

—Pues mire, cuando le haga la entrega del último centavo, me pone el papel como le dé la gana, ó no me pone pizca. Y se finó aquí la historia, que, camará, por cuatro chinitas como esas nunca he platicado yo tanto.

Don Serapio caminaba de asombro en asombro. Como broma podía pasar aquel derroche; pero contra tal suposición protestaban los valores que ya tenía en su poder.

—Pero la cuestión de intereses—replicó al indiano,—no puede dejarse sin tocar, señor mío; y necesito que usted me diga si le bastan los que aquí abonamos en las cuentas corrientes...

—Ahorita mismo vamos á hablar de eso, señor don Serapio; y mire que no encuentre caros los que le pida.

—Ya pareció aquello—pensó el buen hombre; y añadió en voz alta:—Usted dirá.

—Voy á decirle. Yo quiero tomar estado, ¿me entiende?

—Recomendable propósito.

—Y quiero tomarle en este pueblo.

—Me parece muy bien.

—Y con una madamita muy conocida de su mercé.

—Pues lleva el proyecto muy adelantado ya.

—Andandito.

—¿Y será imprudencia preguntar á usted quién es?

—Enriqueta.

—Hay varias de ese nombre.

—Su niña de usted.

—¡Mi hija!

—Ajajá. ¿Le van pareciendo caros los réditos?

No es fácil explicar el efecto que produjo en don Serapio esta embestida en seco. Preocupado con la situación de su casa y en entredicho con su mujer desde la escena que conocemos, no tenía la menor noticia de las exhibiciones y aparentes propósitos del indiano, ya públicos en la ciudad. Cogióle, pues, de nuevas la pretensión, y le aturdió. Por un lado le halagaba; por otro se le resistía. Aquel tipo para una mujer como su hija... y César... y el recuerdo de éste en la memoria de Enriqueta. Pero aquel caudal enorme, aquel desprendimiento, aquella franqueza honrada, el porvenir de la casa con un protector semejante... Todo lo fué viendo instantáneamente, y así, sin saber si agradecer la demanda ó maldecirla, contestó al indiano con afectada parsimonia:

—La nueva pretensión que acaba usted de manifestarme, mi señor don Romualdo, es de tal naturaleza que no alcanzaría todo mi buen

deseo á despachársela á su gusto sin contar antes con el de la interesada.

—Por ahí me duele, camará.

—¿Usted la conoce?

—¡Si la llevo estampadita en el alma!

—Digo si la ha tratado usted,—repuso don Serapio, nada complacido con aquella *fineza*.

—Eso no; pero ella me conoce, y también su mamita.

—Es decir, que se conocen ustedes de vista.

—Cabales.

—Entonces nos falta casi todo el camino por andar, y usted no extrañará que yo, dando á su deseo toda la importancia que se merece, se le transmita á mi hija para que, libre de toda presión, me diga su parecer, que es, en mi concepto, lo principal del asunto.

—Y la mamita ¿tomará parte en el consejo?—preguntó el pretendiente seguro de que no le sería su voto desfavorable.

—Naturalmente, señor don Romualdo.

—Pues entonces—replicó éste,—me retiro ahorita; y me hará la merced el señor don Serapio de leerme cuanto antes la sentencia. Y mire, al llegar le hubiera implorado que me presentara á las señoras; pero desde que platicamos del caso, para que lo vea, me tiemblan las choquezuelas, y no lo aceptaría hoy aunque me lo brindara.